

Alejandro Gata Gil
IES Hermanos del Huyar (Logroño)
LA RIOJA



Ese día, algo cambió, algo hizo clic dentro de su cabeza. Durante veinte años siempre había hecho lo mismo, siempre había seguido la misma rutina. Se levantaba a las 6:45, se duchaba y a desayunar. Más tarde se vestía, lo hacía después de desayunar para no mancharse el traje, ese traje gris apagado que le regaló su madre hacía ya unos veinte años. Aparte del traje se ponía una corbata negra, una camisa blancas y unos zapatos negros.

Salía de casa a las 7.30, se montaba en su Golf gris, encendía los parabrisas (siempre los necesitaba o llovía o había una espesa niebla que empapaba los cristales), y conducía hasta el trabajo.

Siempre era el tercero en abandonar la oficina, una oficina a la que había ido cogiendo asco durante esos veinte años. Volvía a montarse en su Golf, volvía a encender los parabrisas y emprendía su camino de vuelta a casa.

Una vez allí se ponía su pijama y leía, leía un poco de un gran libro que nunca le entusiasmó, luego cenaba y se iba a la cama.

Todos los días eran así, grises, aburridos y monótonos. Pero ese día, como ya he dicho, todo cambió. El despertador no sonó, pero no fue porque se hubiera estropeado, no, no sonó porque él no lo quiso así. Se levantó una hora más tarde de lo normal e hizo un increíble acto de rebeldía, se duchó después de desayunar, puede que no parezca gran cosa, pero, para él, sí que lo fue. Más tarde se puso un chándal viejo y unas deportivas. Salió corriendo de casa, cruzó esa carretera que le llevaba y le traía del trabajo, cruzó esa carretera que había recorrido unas ochenta mil veces (las había contado), y se adentró en el campo. Solo quería correr, correr y sentir el agua de la lluvia golpeándole en la cara, las gotas de rocío que aún descansaban sobre las briznas de hierba, quería, despertar.

Continuó corriendo durante horas, era la primera vez que se alejaba tanto de su casa. Recorrió unos veinticuatro kilómetros, atravesando bosques y cruzando riachuelos, avanzando sobre los campos de cultivo y cruzándose con algún que otro pastor con su rebaño de ovejas. Cuando se paró y se tumbó sobre la hierba húmeda, fue la primera vez que se sintió vivo, fue la primera vez que disfrutó de verdad y supo que tenía que seguir así, supo que tenía que cambiar.

Dejó su antigua vida, su casa, su coche, su traje, su rutina, todo lo dejó atrás para volver a empezar. No sabía qué hacer, pero sí sabía que no debía hacer. En ese momento, abrió los ojos y se levantó.

Ese día salió el sol.